

La Injusticia y El Chinche.

del Diablo y La Técnica.

Uno está en todo; todo está en uno. Esta es la mejor manera de considerar la armonía universal. Así quedamos de acuerdo con casi todas las religiones respetables, con la razón desconfiada y con el equilibrio de las cosas si es que realmente existe.

El Gran Todo es un hecho rotundo. Los pequeños todos son hechos naturalmente menores y a las partículas de los más pequeñitos no tenemos por qué quitarles su modesta evidencia aunque no logremos pescarla. Esto es muy lógico. Ahora bien, el Gran Todo es de índole divina, es Dios, puesto que presenta una serie de características sorprendentes: no principia ni acaba y es unidad al mismo tiempo, vive eternamente de sí mismo, están en todas partes, en fin, nos hace toda clase de demostraciones de su maravilloso ser sin que nosotros podamos comprender un palote de sus trucos. Negar estas prestidigitaciones de orden superior es negar la luz. De esta categoría son todas las grandes verdades.

Bien.

Los pequeños todos y sus pedacitos, hasta llegar a la Ameba, no abandonan ni por un instante la divinidad que

les toca por formar parte integral del Gran Todo. La gracia celeste está en los gusanos, las estrellas, los granitos de arroz, las mujeres y los toros. Está en todo. Esto es lo que vulgarmente se llama: panteísmo.

Llegados a esta primera parte de nuestro estudio, pasemos a la segunda:

El Gran Todo no puede ser sino feliz, no puede estar sino satisfecho, debe sentir agrado por todas partes. . . . A nadie se le ocurre crearse a sí mismo y por puro gusto para pasar después la pena negra. El Gran Todo existe para ser feliz. De otra manera no insistiría en su existencia. Sería una cosa torpe o morbosa, lo que no es posible suponer tratándose de la divinidad máxima. Los munditos y subdivisiones del Gran Todo, del cual somos representantes ilustres, tienen forzosamente el mismo destino agradable del conjunto a que pertenecemos, es decir, el de ser felices. Filosóficamente, profundamente, lógicamente, religiosamente, uno existe para estar contento, pase lo que pase. Los dolores no son sino pasajeros, accidentales, no tienen la menor importancia, se olvida uno de ellos. . . . Lo que engendra el dolor en la humanidad por medio de la justicia, la medicina, la policía y las mujeres mal intencionadas, no es sino una pequeña maña del Gran Todo para avisarnos de que vamos a desaparecer de esta felicidad descubierta a medias, de la vida terrestre que nos encanta a pesar de todo, de la existencia recreativa y algo molesta en que estamos, y esto, con el único objeto de hacernos entrar de nuevo y a la larga en sus entrañas totales donde la felicidad ya no necesita avisos ni comparaciones para poderla gozar como chinos. Hablamos en el sentido budista de la palabra.

El hombre existe pues para estar agrado, satisfecho, feliz.

Epicúreo lo sabía a tal punto que su enorme filosofía residía en esto: "buscar el placer siempre y cuando no re-

dunde en dolor” El placer es la felicidad; la única razón de ser posible. Evitar el dolor que nos pueda producir ese placer es el gran freno, la moral, la medida del placer mismo para que no nos lleve el diablo. De estos dos mandatos surge la virtud como consecuencia inmediata y picaresca puesto que en ella está todo el placer sin ninguna complicación fastidiosa y hasta con premio. Ser virtuoso es un inmenso negocio. Así es Epicúreo y no un cochino como quieren hacerlo aparecer algunos de sus discípulos desorientados, señores virtuosos por limitación o beatas completamente secas.

Ahora bien, si por orden divino y filosófica debemos estar alegres y contentos, si esto es lo que nos manda Dios, lo que nosotros comprendemos claramente, lo de mayor importancia y trascendencia, ¿cuál será la verdadera misión del hombre sobre la tierra? ¿Cómo cumplirá con esa orden y podrá existir con la mayor plenitud posible? Tratando de serle agradable a todo el mundo, de perdonar casi todo, de ser bueno, amable, bien educado y limpio. Esa es nuestra única función realmente divina, la que no contraría ni destruye nuestra propia esencia ni la esencia de los demás, que es la misma cosa, según ya lo hemos expuesto detalladamente.

Después de estos argumentos que tienen la autoridad de la ciencia, la profundidad de las religiones y la bonhomía elegante de Epicúreo, ¿qué podemos deducir?—Que un hombre antipático está reventado por definición.

El antipático es el que no agrada, luego ha truncado su existencia, es una contradicción viviente, es y no es. Puede saber la biblia, ser un pozo de sabiduría, un artista, utilísimo, buenísimo, que es lo más triste. . . .

Nada de esto vale nada. Es antipático, no gusta, fastidia verlo, no produce agrado, no debe existir, debe desaparecer, está contra Dios, contra el Gran Todo, contra sí mismo. . . .

Los hombres no valen efectivamente sino porque son simpáticos. Sólo ellos tienen el derecho de existir, el pasaporte celeste, lo único trascendental. El antipático no existe.

La injusticia es de tal magnitud, tan grave, tan formidable, tan inexplicable, que es preferible tomar la evidencia del Gran Todo como una gran tontería y hacer lo posible para que nos sea simpática hasta un chinche.

HÉCTOR VELARDE.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

